

# LA MUERTE DEL REY SANCHO RAMIREZ Y LA POESIA EPICA

Por FEDERICO BALAGUER

**M**uy lejos estábamos de ocuparnos de temas relacionados con el rey aragonés Sancho Ramírez, época algo alejada de nuestros habituales estudios, y menos habiendo sido aquel reinado objeto de la brillante tesis doctoral del profesor Angel Canellas, desgraciadamente, todavía inédita, pero la animada controversia, que vienen sosteniendo los señores Del Arco y Ubieto Arteta acerca de la muerte de Sancho Ramírez, nos da ocasión para publicar unos cuantos datos sobre Huesca, que pueden ser útiles a los estudiosos que dedican sus investigaciones a esclarecer los hechos de aquel glorioso monarca. Al mismo tiempo queremos llamar la atención sobre un aspecto hasta ahora no estudiado: las repercusiones de la muerte de Sancho Ramírez en la poesía épica. Dirigido especialmente al público oscense, hemos prescindido de numerosas menciones, así como del apéndice documental, que publicaremos, Dios mediante, en otra ocasión.

Por último, debo agradecer al doctor Dolç la ayuda que me ha prestado en la redacción de este artículo. Además de valiosas indicaciones, son suyas las etimologías de varios topónimos, entre ellos Cáscaro, Gerundella, Siricata, Salsaria y Olivito.

*El supuesto reino moro de Huesca.*

Situada en el límite norte de los dominios musulmanes, a muy poca distancia de los estados cristianos, el gobierno de la plaza fuerte de

Huesca tuvo siempre una gran importancia. Con frecuencia, los emires confiaron el señorío de la ciudad a muladíes, no siempre leales al poder de Córdoba, pues muchos de ellos se aliaron con los estados cristianos y se mantuvieron independientes. En el tránsito del siglo ix al x, Muhammad al-Tawil logró crear en Huesca un reino independiente, que gracias a su energía alcanzó un gran esplendor, pero, más tarde, la ciudad y su comarca volvieron a perder su independencia. En la época de Sancho Ramírez, formaba parte del reino zaragozano de los Banu-Hud, estando gobernada por señores dependientes del monarca de Zaragoza.

Sin embargo, las crónicas aragonesas hablan del rey moro de Huesca e incluso la *Pinatense* y la *Navarro-aragonesa* precisan su nombre: Abderramán. Ahora bien, ya es sabido que los documentos y las crónicas cristianas dan el nombre de reyes a los señores de ciertas plazas musulmanas. En cuanto al nombre de Abderramán no pasa de ser una de tantas correcciones impertinentes del autor de la *Pinatense*. Efectivamente, en la *Crónica Navarro-aragonesa*, después de mencionar al rey de Huesca, se dejó un espacio en blanco, completado más tarde por mano, al parecer, diferente, lo que nos indica que en la primitiva crónica, que sirvió de fuente a la *Pinatense*, no figuraba el nombre del rey. Sin duda, el autor de la *Pinatense* llamó Abderramán al rey moro de Huesca porque estaba familiarizado con este nombre, ya que en el capítulo V, con referencia al año 758, le da este mismo nombre, fundándose en un diploma, evidentemente falso, de San Juan de la Peña. Esta clase de anacronismos son corrientes en la *Crónica Pinatense*.

Por otra parte, los documentos coetáneos hablan del rey moro de Zaragoza, *devicto rege cesaraugustano, victo Almustaen rege cesaraugustanum cum principibus eius*, etc., pero nada dicen del supuesto rey de Huesca. A la misma conclusión se llega examinando el pacto de 1073 entre Sancho Garcés de Navarra y Al-Muqtadir, en el que se habla del territorio de Huesca como sujeto a este último. No existía, pues, en la época de Sancho Ramírez, reino moro de Huesca. La ciudad y su comarca formarían un distrito dependiente del regulo zaragozano. En 1099, varios moros venden sus heredades al prior de San Pedro el Viejo y declaran que estaban situadas *in comitatu de Oscha*.

### *La ciudad musulmana.*

Si no son muchos los datos que conocemos sobre Huesca en la época musulmana, todavía son más escasos los que se refieren al período

de Sancho Ramírez. Falta un estudio dedicado a la ciudad durante este período, estudio que, naturalmente, sólo pueden realizar los arabistas. Nosotros nos limitaremos a consignar algunos datos de carácter local.

A los últimos años del dominio musulmán debe corresponder la descripción de Huesca que aparece en el anónimo de Almería: «no se encuentran piedras y si las hay son pequeñas. Tiene poca agua y pocos vergeles y se fabrican cotas de malla, espadas y utensilios de cobre y de hierro»<sup>1</sup>. Esta visión de la Huesca del siglo xi, que contrasta con las ampulosas descripciones de los historiadores y geógrafos musulmanes de las centurias anteriores, nos demuestran que la ciudad se hallaba en una decadencia extrema. Indudablemente, estos párrafos fueron escritos en el último tercio del siglo xi: la falta de piedras nos indica que las zonas montañosas próximas se hallarían ya en poder de los cristianos; éstos debían controlar la mayor parte del curso de los ríos Isuela y Flumen y por eso existía escasez de agua para regar las huertas de la ciudad; por último, las industrias que cita el anónimo escritor son típicas manufacturas bélicas: cotas de malla y espadas. Los artesanos musulmanes alcanzaron en estas labores gran habilidad y aun después de la reconquista de Huesca, los ballesteros y espaderos moros competían con sus colegas cristianos; en pleno siglo xv, esta industria constituía uno de los ingresos más saneados de la aljama oscense.

Del estudio de los documentos inmediatamente posteriores a la reconquista de la ciudad, se deduce que ésta se hallaba poco poblada. La estancia de los musulmanes en Huesca, durante el siglo xi, no resultaba cómoda; las algaras cristianas se multiplicarían, saqueando los pequeños poblados y devastando la huerta oscense; sobre todo, durante la última mitad de aquella centuria, Huesca vivió en verdadero estado de sitio. La población total sería de 3.500 a 4.500 habitantes.

Un centenar de mozárabes, que conservaban, juntamente con la religión cristiana, el rito visigótico, vivía en los alrededores de la iglesia de San Pedro el Viejo. Anteriormente habían poseído, al parecer, otra iglesia: la de San Ciprián, situada junto al muro de tierra. Los musulmanes consideraron peligrosa la estancia de los mozárabes junto a las fortificaciones exteriores y acabaron por arrebatárles la iglesia, impidiendo de esta forma que se repitiese el caso de Puibolea y otras plazas, entregadas por los mozárabes a los cristianos. Es indudable que existía tam-

1. RENÉ BASSET, *Description de l'Espagne*, en «Homenaje a D. Francisco Codera» (Zaragoza, 1904), págs. 360 y 644.

bién una reducida población judía (de 100 a 200); pero ignoramos dónde se hallaban establecidos, pues, al parecer, fué a principios del siglo xi cuando poblaron el barrio denominado después la Judería (actual Barrio Nuevo) <sup>2</sup>.

La mayoría de la población musulmana era indígena, pues estaba constituida por renegados o descendientes de muladíes. Un autor musulmán, Al-Himyari, escribía que no había entre los habitantes de Huesca que eran originarios de la ciudad, persona capaz de reivindicar para su familia ascendencia puramente árabe <sup>3</sup>. Todavía en el siglo xi se registraban conversiones al islamismo; así, un *Lope filio de donna Pura* que, según un documento de Sancho Ramírez, de hacia 1074, *se facit mauro*. En los documentos de Pedro I, se citan varios Iben Galindo, habitantes en la ciudad.

No sería empresa muy difícil reconstituir el plano de la Huesca del siglo xi, pues; todavía en la actualidad, algunas calles conservan el mismo trazado que en la época musulmana. A lo largo de ellas se levantaban varias mezquitas, como la de «rivi Mediano», situada al Oeste, junto al muro exterior, otra en los alrededores del templo de San Pedro el Viejo, donada por el monarca aragonés al monasterio de Leire y convertida en iglesia de San Salvador (n.º 5 de la calle de este nombre) y, sobre todo, la mezquita mayor, en lo alto de la ciudad, calificada por Pedro I, en el documento de consagración de la Catedral, como la más excelente de todas las de España <sup>4</sup>. No han llegado hasta nosotros restos de esta gran mezquita. El historiador Ainsa habla de unas anchurosas salas subterráneas, con molduras y medios relieves, que supone musulmanas, pero estos restos, actualmente desconocidos, podrían ser muy bien de época posterior. Con mayor fundamento, Iñiguez cree árabe un arco de la Catedral de Huesca, empotrado en un muro, muy difícil de reconocer y medio enterrado. Es de herradura, con los salmeres desgastados en parte, de despiezo radial y con dintel superior <sup>5</sup>.

No lejos de esta mezquita, cara a la Sierra, dominando una de las

2. R. DEL ARCO y F. BALAGUER, *Nuevas noticias de la Aljama judaica de Huesca*, en «Sefarad», año 1949, p. 353.

3. Cf. J. M. LACARRA, *La Repoblación*, en «La Reconquista española» (Zaragoza, 1951), p. 69.

4. Cf. A. UBIETO ARTETA, *Colección diplomática de Pedro I* (Zaragoza, 1951), p. 251. Siempre que citamos documentos de Pedro I nos referimos a los transcritos en esta Colección.

5. F. A. DE IÑIGUEZ, *Arcos musulmanes*, en «Al Andalus», II, 340.

entradas de la ciudad, se alzaba la Zuda (actual Seminario y Universidad Sertoriana) en excelente posición estratégica. Tampoco han llegado hasta nosotros restos de este alcázar musulmán, que debía ofrecer a los ojos de los sitiadores de la ciudad un aspecto imponente. Conquistada Huesca, los monarcas aragoneses se instalaron en la parte Oeste de la Zuda, transformada en palacio real, del que se conservan dos estancias y el grueso muro que le da aires de fortaleza. Entre el Seminario y el muro de piedra, se extiende el barrio denominado del Cáscaro, citado ya en documentos del siglo XIII; acaso la palabra Cáscaro pueda relacionarse con el árabe (كاشر, palacio?), pero es mucho más probable que lo sea con «cáscara» (sinónimo de *casca*, ya documentado en el siglo X; *casca* más sufijo preindoeuropeo-ara, cf. *Jámara*). De donde, el *Káskar*, las *Káskaras*, «lugar poco fértil, con muchos peñascos o muy próximo a ellos». El nombre se relaciona con el guipuzcano *Kaskar* 'cráneo', *kazkar* 'grava', vizcaíno *kaskara* 'guijo'. Es probable que sea una supervivencia vasca<sup>6</sup>. La almunia de Alcoraz, huerto y viña de Gerundella, la de Papiello, mencionadas por Pedro I en una donación a la sede Oscense, de marzo de 1098, más el huerto real de Annora (la Noria?), señalado en la falsificada donación de la iglesia de san Ciprián, debían ser antiguas posesiones de los reyes moros. Lingüísticamente Gerundella es igual a Gironella, con la asimilación *nd* > *nn/n*. Se trata del mismo nombre catalán: *Gerunda* > Gerona, catalán Girona, castellano antiguo Gironda, con sufijo de diminutivo.

No obstante la innegable decadencia de la ciudad en la segunda mitad del siglo XI, todavía conservaba parte de su antiguo prestigio cultural y los autores árabes citan varios personajes ilustres, entre ellos, Abderraman Ben Musa Abi Derham, más conocido por Abulmathreph, autor de una historia de la ciudad, hoy perdida. Son también muy interesantes las noticias que da Ben Ayad sobre redención de cautivos por musulmanes de Huesca.

La larga dominación musulmana queda reflejada en los nombres de calles, barrios y términos de la ciudad. Es ciertamente interesante el estudio de los topónimos oscenses de origen árabe, estudio que esperamos lleven a cabo los investigadores de la moderna escuela de arabis-

6. Véase MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de Gramática histórica española* (ed. 1949), p. 228-229, e ID., *Toponimia prerrománica hispana* (Madrid, 1952), p. 63; J. HUBSCHMID, *Studien zur iberoromanischen Wortgeschichte und Ortsnamenkunde*, «Boletim de Filologia», XII (1951), p. 143.

tas aragoneses <sup>7</sup>. Como ejemplo, citaremos varios fácilmente reconocibles; consignaremos, en primer lugar, un hidrónimo, Alfándega (el barranco), arroyo que desagua en el Flumen; Almunia (la huerta), término regado con aguas de dicho río; Alfaz (el campo sembrado), extenso término con campos de secano dedicados a cereales; Algar (la cueva); Alhandeca (el foso), a orillas del Isuela; todos ellos aparecen citados ya en documentos de los siglos XII y XIII. Jara, con su ermita, arruinada en la pasada guerra civil, aparece en los documentos con las formas Exara y Exarea (el oratorio). Alfazaria, Almascarán, Alcocoron, Guataten y Almerge acaso puedan relacionarse con los topónimos Alfafar (la alfarería), Almascara (el campamento), Alcoron (las cumbres), Guadatín (río de barro) y Almarcha (el prado), citados por Asín Palacios. Es muy probable también el origen árabe de Atarraias, Almeriz, Algüerdia, Alcaramiel, Almagantina, Annaiars, eras de Almazuz o Almarazuz, Bravalgip (Babalgerit?), Miquera, etc. En las páginas que siguen, insistiremos sobre otros topónimos interesantes.

### *Las fortificaciones.*

Como plaza fronteriza, sujeta a las algaras de los montañeses, Huesca contaba con una serie de fortificaciones que la hacían poco menos que inexpugnable. El fracaso de los ejércitos francos ante sus muros, en los años 797 y 805, prueba la solidez de su sistema defensivo. El botín conseguido en 908 por Muhammad al-Tawil en atrevida incursión por tierras de Ribagorza sirvió para reparar los muros de la ciudad.

Al-Himyari cita dos muros de piedra; uno de ellos, en opinión del profesor Lacarra, sería el antiguo muro ibérico, que se extendería a lo largo de las actuales calles de Pedro IV, Aínsa, San Salvador, Reconquista, Zalmedina y Desengaño <sup>8</sup>. En la época de Sancho Ramírez, este muro carecería ya de importancia militar.

El segundo muro de piedra, de origen prerromano, constituía la principal defensa de la ciudad. Se extendía, como es sabido, por las actuales calles del Coso, Costa y Ronda de Montearagón. Queda toda-

7. JACINTO BOSCH VILÁ, profesor de la Universidad de Zaragoza, prepara actualmente la edición de los documentos hebreos y árabes de la Catedral de Huesca.

8. LACARRA, *El desarrollo urbano de Navarra y Aragón en la Edad Media* (Zaragoza, 1950), lámina X.

vía el lienzo Norte, con una torre cuadrada, y son visibles restos de otras torres circulares. Su número, según el códice Calixtino, era de 90. Este muro fué objeto durante las Edades Media y Moderna de constantes reparaciones. Aun con las máquinas de sitio era imposible abrir brecha en él, ya que se apoyaba en un talud natural. Conocemos los nombres de siete puertas que, a principios del siglo XII, daban entrada a la ciudad: la de Sircata o Siricata, llamada más tarde de San Miguel, la de Remian o Ramián (actual plaza de Lizana), las puertas Ferreas (calle de Villahermosa), la de Alquibla o Mediodía (calle de Ramiro el Monje, antigua de la Correría), la de Alpargán (calle Goya), la puerta Petrea, denominada más tarde de Santo Domingo, frente a la iglesia de esta advocación, y la de Montearagón (la Porteta actual), en la que todavía se conservan restos de torres circulares. Parece que las más antiguas, que se corresponden con los cuatro puntos cardinales, eran las de Sircata, al Norte, Ramián, al Oeste, Alquibla, al Sur, y Montearagón al Este. El topónimo Sircata acaso pueda relacionarse con el latín *siricae* o *sericatae* 'vestidos de seda', de donde deriva *sericare* (cf. esp. «sirgar» y «sirga»=maroma).

Para garantizar la seguridad de los barrios exteriores, se levantó un tercer muro, el de tierra, existente ya en la época musulmana, pues lo citan documentos de 1099, inmediatamente posteriores a la reconquista de la ciudad. Se le conocía con el nombre de muro de tierra o muro viejo.

Podemos dar el nombre de varias de las puertas de este muro. Aunque, naturalmente, nos hemos valido como fuentes de los documentos cristianos medievales, es indudable que la mayoría de las que vamos a citar existirían ya en la época musulmana, pues algunos de estos nombres son árabes, aunque no es posible descartar que recibiesen estas denominaciones con posterioridad, ya que ciertas puertas, por ejemplo, la de Benahayón, se hallaban en la Morería. He aquí los nombres que hemos podido recoger en la documentación medieval: Puerta de Canales, al Norte, de Harat-al-Comez (otras veces Haratalcomiz, ¿barrio de Gómez o del Conde?), situada en el camino de Ayerbe (alrededores de la carretera de Jaca), Salsaria (en 1469, se citan casas en la Judería «cerqua el barrio clamado Salseras», junto, por tanto, al actual Barrio Nuevo), de Chimillas, en el camino de este nombre, de Fontium, llamada después del Angel (junto a la fuente así denominada), de los Alderbes (en la calle del Padre Huesca), de Alquibla o Mediodía (en la calle de San Lorenzo), de Aliozar (en el extremo occidental de la Morería), de Benahayon (calle de Lanuza, antes de San Martín). Quizá



alguno de estos nombres se refieran a la misma puerta; así Canales y Haratalcomez, Chimillas y Salsaria. Acaso, en los alrededores de esta última puerta, se hallaría el «barrio de las salazones», pues el topónimo parece ser enteramente latino (cf. *salsarius negotians*, en *Inscript. Gruter*, 647,1).

Es difícil conocer con exactitud el trazado que este muro tendría en la época musulmana, pues en los siglos posteriores debió sufrir sucesivas ampliaciones. El historiador Ainsa, que escribía en 1619, sólo pudo ver algunos leves vestigios. En el siglo xv, se extendería, a nuestro juicio, desde la iglesia de San Miguel, junto al Isuela, hasta los alrededores de la fuente del Angel, incluyendo la Judería y los barrios anejos. Continuaría después en dirección a la actual plaza de Navarra, más conocida por plaza de Zaragoza, parte de la cual quedaría fuera del muro; seguiría hacia el Este cortando perpendicularmente las calles del Padre Huesca, San Lorenzo y Lanuza, aproximándose al Isuela. Ignoramos si desde esta última calle continuaba remontando la corriente del río hasta llegar a la mencionada iglesia de San Miguel o si se unía directamente al muro de piedra en las cercanías de la puerta de Santo Domingo. Suponemos que este trazado, que hemos señalado, sería, poco más o menos, el de la época musulmana.

Aparte de estas murallas, es posible que en el Pueyo de Sancho (actual cerro de San Jorge), que dominaba la ruta a Zaragoza, se levantase una torre óptica y otras construcciones defensivas. La toponimia parece confirmar esta hipótesis, pues, junto al Pueyo, se extendía el término que los documentos llaman Alhazker y más tarde Algascar, topónimo análogo al valenciano Alásquer, que registra Asín Palacios con la significación de «el campamento»<sup>9</sup>. Dicho término se conoce todavía con el nombre de Angáscara, derivado, indudablemente, de Algascar y éste de Alhazker. El arabista Conde, al relatar la toma de Huesca, habla también de la fortaleza de Alcoraz; pero no creemos que esta noticia esté basada en ningún documento contemporáneo ni árabe ni cristiano. Un diploma de Pedro I menciona la almunia de Alcóraz, nombre que acaso pueda derivarse de Alcora (las alquerías), mejor que de Alcor (las colinas), pues no hemos podido encontrar la demostración documental de que el vecino Pueyo de Sancho o de San Jorge

9. MIGUEL ASÍN PALACIOS, *Contribución a la toponimia árabe de España* (Madrid-Granada, 1944), p. 45. Véase, además, M. SANCHIS GUARNER, *Introducción a la historia lingüística de Valencia* (Valencia, 1948), p. 92.



haya llevado nunca el nombre de Alcoraz. Desconociendo por completo el árabe, nos limitamos a exponer un problema etimológico, cuya solución puede encerrar cierto interés para la historia oscense.

### *Vías de comunicación.*

Durante la dominación musulmana contaba Huesca con una vasta red de vías de comunicación, la mayoría construídas en la época romana. Conocida es la vía del Summo Pirineo a Cesaraugusta, objeto de numerosos estudios, pero cuyo trazado no ha sido fijado todavía de una forma definitiva, acaso porque durante la Edad Media sufrió variaciones de importancia. Esta vía penetraba en Huesca, según Cañardo Alterach, por el Sur, por el antiguo camino de Monflorite o el de Salas; según Carrillo Murcia, por el camino viejo de Lérida y puente de San Martín<sup>10</sup>. La Crónica de Jaime I nos informa que los ciudadanos de Huesca, en 1224, esperaban la llegada de la comitiva regia en la ermita de Salas, lo que prueba que el rey, procedente del Somontano, venía por el camino de Bellestar y Salas o por el de Monflorite. En documento de 1274, se cita «el puant del río Flumen que ye en la carrera de Sancta Maria de Monflorit», y en 1550 se reconstruía un puente en el mismo río, en los alrededores del término de Alborge<sup>11</sup>, cuyo nombre que, como es sabido, significa la torre, nos indica la existencia de una de ellas, acaso para defender el puente. A su salida de la ciudad, en dirección a Zaragoza, la vía ladeaba el Pueyo de Sancho y pasaba por las proximidades del pueblo de Cuarte, a cinco kilómetros de Huesca, pueblo levantado junto al cuarto miliario. Es posible que el camino que siguen actualmente las cabañas, paralelo, a trechos, a la actual carretera de Zaragoza, sea, en realidad, la antigua vía romana.

Pero además de esta gran vía militar, había otras de carácter provincial, cuya existencia nos revela la toponimia. Efectivamente, en dirección Este, no lejos del antiguo camino del Somontano, a unos cuatro kilómetros de la ciudad de Huesca, se halla el pueblo de Tierz que, según Menéndez Pidal, recuerda el reparto de heredades entre visigodos

10. CAÑARDO ALTERACH, *Historia antigua de Huesca*, p. 97; P. CARILLO MURCIA, *Vía Romana del Summo Pyreneo a Cesaraugusta*, en «Seminario de Arte Aragonés», año 1951, p. 38.

11. A. H. P. H., prot. 622, fol. 27.

y romanos, pero que acaso puede derivar también de «ad tertium miliarium». Siguiendo el mismo camino, a unos dos kilómetros del punto anterior, comienza el Estrecho Quinto, pequeño desfiladero por donde el río Flumen penetra en la Plana de Huesca, cuyo nombre es un recuerdo claro del quinto miliario. Allí, se conservan restos de un antiguo puente medieval, levantado, tal vez, sobre cimientos de la época romana. Salvado este desfiladero, el camino atravesaba una corta llanada, pasando por las cercanías de un antiguo pueblo llamado Olivito, derivado, sin duda, del latín *Olivetum*, arruinado en el siglo xvi, y llegaba a Siétamo (once kilómetros al Este de Huesca), cuya etimología es clara: «ad septimum miliarium», pues los documentos medievales escriben siempre *Septimum*. Esta vía, hasta ahora desconocida, sería de carácter provincial y llegaría hasta Barbastro.

Otra vía partiría de Huesca en dirección Norte y, pasando por las cercanías de Yéqueda y de Igriés, continuaría, remontando la corriente del Isuela, hasta la almunia de Septimo (séptimo miliario), mencionada ya en una donación de Pedro I, de septiembre de 1098. Dos kilómetros más al Norte se halla el pueblo de Nueno, cuyo nombre deriva, indudablemente, de *Nonum*, con referencia al noveno miliario. A partir de Nueno, el camino, hasta entonces regularmente ancho, se estrechaba al penetrar en las angostas gargantas de la Sierra. Este camino sería, también, de carácter provincial. En la Edad Media, el castillo de Ordás, entre Nueno y Arguis, dominando un profundo desfiladero, vigilaba esta vía, también desconocida hasta ahora.

Más importante que la anterior, sería la que, siguiendo la dirección NO., unía a Huesca con Jaca y Pamplona. El poblado de Castejón de Sexto, citado ya en documento de 1188 <sup>12</sup>, a unos ocho kilómetros de la ciudad, nos indica dónde se hallaría, aproximadamente, el sexto miliario de esta vía, que continuaría después acercándose, quizá, a la Sierra para pasar no lejos de Bolea y de Loarre. Que sepamos no se ha hecho hasta ahora ningún estudio sobre este camino que tuvo gran importancia durante la Edad Media.

Como nota curiosa, añadiremos una relación de los caminos de Huesca, correspondiente al año 1507. La relación es incompleta, pero no deja de tener interés. Dice así: «...caminos de Çaragoça, camino de Quart, camino de Luna, camino de Cillas, camino de Yéqueda, camino

12. P. RAMÓN DE HUESCA, *Teatro Histórico*, t. VII, p. 479 y sgts.

de los Alfazes, camino de Salas por do ba el empedrado, camino de Monflorit, camino de la Paul, camino de Sangarren...»<sup>13</sup>. Este último lo cita el monarca Sancho Ramírez en documento de 1086<sup>14</sup>.

### *Última campaña y muerte del rey Sancho Ramírez.*

La marcha de los aragoneses hacia la ciudad de Huesca, comenzada por Ramiro I, se realizó con extraordinaria lentitud a causa de las dificultades topográficas, hábilmente aprovechadas por los musulmanes, y sobre todo por la oposición de los castellanos, protectores del reino moro de los Banu Hud y adversarios de la expansión aragonesa. No obstante, Sancho Ramírez, que contaba con los recursos unidos de Aragón y de Pamplona, apoyado en la amistad del Cid, consiguió realizar profundos avances. Una serie de fortalezas, levantadas en el corazón del reino musulmán (Alcubierre, el Castellar, etc.), jalonaban las rutas del Sur y de Levante. La conquista de plaza tan importante como Ayerbe puso en sus manos la mayor parte de las comarcas situadas al NO. de Huesca. Entre 1086 y 1089 se edificó el castillo de Montearagón, acaso aprovechando viejas construcciones militares, dominando el Estrecho Quinto y la vía provincial de que hemos hablado antes; de esta forma quedaban cortadas las comunicaciones con Barbastro y al mismo tiempo perdía Huesca la rica comarca del Somontano, «el país del aceite y del vino». Desde Montearagón, le fué fácil a Sancho Ramírez dominar las fértiles riberas del Flumen y del Isuela, por lo menos, hasta Almuniente.

La situación de Huesca, falta de los necesarios aprovisionamientos, era crítica, y Almostain, rey moro de Zaragoza, vasallo de Alfonso VI, a quien pagaba tributo, se dirigió a éste, pidiéndole ayuda. El monarca leonés no intervino personalmente, pero decidió socorrer a los musulmanes, enviando al conde Sancho para que atacase las fronteras de Navarra. Nos informan de este hecho las *Crónicas Pinatense* y *Navarro-aragonesa*. Simultáneamente, los musulmanes debieron atacar las plazas aragonesas de la Hoya, pero, en definitiva, estos esfuerzos fueron infructuosos y Sancho Ramírez estrechó el cerco de la ciudad.

Nos faltan datos auténticos sobre esta empresa. El documento de 8 de mayo de 1094, publicado por Salarrullana, es evidentemente falso

13. A. H. P. H., prot. de Felipe de Lizana, año 1507, fol. 242.

14. P. HUESCA, op. cit., p. 456.

y la donación de García Iñíguez, del Archivo de la Catedral de Huesca, fechada en 1 de junio del mismo año, aunque escrita en letra visigótica, es una copia muy adulterada <sup>15</sup>. Las crónicas hablan de que el monarca aragonés se estableció en el Pueyo de Sancho, cortando las comunicaciones con Zaragoza; el nombre de este cerro sería un recuerdo del rey, Pero ya en otra ocasión, hemos expuesto nuestro parecer sobre la etimología de este topónimo que, juntamente con el de Puerta Sancho, derivaría de *Porta Sancti*, por hallarse esculpida allí alguna imagen del santo protector de la ciudad. Así se explicaría la existencia de una Puerta de Sancho en Zaragoza y un Pueyo de Sancho en Tudela. Recuérdese que la puerta oscense frontera al mencionado pueyo se llamó, posteriormente, del Angel <sup>16</sup>.

El documento de 9 de mayo de 1097, en el que Pedro I da a los monjes de San Pedro el Viejo de Huesca *illam almoniam cum uinea ubi pater meus sedebat quando accepit ultimam egritudinem*, documento analizado por los señores Del Arco y Ubieto, demuestra que el monarca aragonés se había establecido, en 1094, en una almunia del término de Huesca, situada, a nuestro juicio, no lejos de la vía romana que venía de Lérida.

Aquella primavera de 1094, que Sancho Ramírez imaginaría triunfal, trajo para los aragoneses abundantes desgracias. El día 4 de junio, el valeroso monarca, campeón de la lucha contra los infieles, moría prematuramente, no lejos de la ciudad deseada.

### *¿Un poema épico sobre la muerte de Sancho Ramírez?*

Sin entrar en la cuestión de las causas de la muerte de Sancho Ramírez, que ilustran los señores Del Arco y Ubieto, queremos llamar la atención sobre un aspecto hasta ahora no estudiado, que creemos muy interesante: la posibilidad de que la muerte de Sancho Ramírez haya sido el tema de un poema épico.

Ya en 1943, apuntábamos la idea de que la leyenda de la *Campana de Huesca* pudiera ser un primitivo poema aragonés, recogido por la *Crónica Pinatense*: «Es indudable, decíamos, que el autor de la *Crónica* no inventó la narración; la tomó, sin duda, de un cantar de gesta perdido

15. J. SALARRULLANA, *Documentos de Sancho Ramírez*, p. 208; donación a García Iñíguez de 1 de junio de 1094 (A. C. H., extrav. n.º 4).

16. F. BALAGUER, *El día de San Jorge*, en «Nueva España» (Huesca, 1953), n.º del 23 de abril.

que debió elaborarse por los últimos años del siglo XII. En efecto, no es muy difícil reconstituir, siquiera fragmentariamente, el primitivo cantar, pues la narración de la *Crónica Pinatense* parece más bien prosa rimada que crónica histórica». Y añadíamos que la «primitiva sencillez del cantar fué adulterada con la relación de caballeros degollados, añadida, sin duda, por el autor de la *Crónica* para dar más colorido a su narración... la *Crónica Pinatense* deja adivinar todo un ciclo épico: la muerte del rey don Sancho, el sitio de Huesca, la batalla de Alcoraz fueron los temas cantados por los primitivos juglares aragoneses. La invasión arrolladora de la poesía provenzal durante el siglo XII fué causa de que se abandonasen los viejos motivos de inspiración y de que quedara tronchada en flor esta interesante poesía épica aragonesa»<sup>17</sup>.

Recientemente, Ubieta Arteta ha confirmado esta tesis, en cuanto al tema de la *Campana de Huesca*, insistiendo en el hecho de que los documentos nos dan a conocer el nombre de varios juglares aragoneses, algunos de ellos juglares reales, como Poncio, que lo fué del rey Batallador, e intentando, además, la reconstitución del poema<sup>18</sup>.

La existencia de la juglaría aragonesa es bien conocida, pues, a partir de Alfonso II, las noticias son abundantes y algunas, como la de los «referendarii gestorum antiquorum» de la corte de Pedro IV, de subido interés. Menéndez Pidal ha admitido la existencia de gestas aragonesas, precisando, con exactitud, sus posibles caracteres: «Los referendarii aragoneses cultivarían, pues, dice, los poemas de los ciclos clásico o bretón, las gestas heroicas castellanas o francesas y otras gestas de asunto aragonés. Estas, según toda verosimilitud, no constituirían una verdadera poesía heroica animada de continuidad tradicional, sino tan sólo una poesía histórica, como la cuaderna vía sobre la Presón de Mallorca, arriba mentada, o como el otro poema acerca de hechos de Pedro IV, compuesto por el capellán Sancho Martín y recordado por el rey Ceremonioso en una carta al arzobispo de Zaragoza en 1344»<sup>19</sup>.

Todavía en el siglo XV encontramos noticias de juglares aragoneses, sucesores del Sancho de Bolea de 1337, entre ellos, uno musulmán, «Juce,

17. F. BALAGUER, *¿La Campana de Huesca, cantar de gesta?*, en «Nueva España», n.º del 6 de febrero de 1943.

18. A. UBIETO ARTETA, *La Campana de Huesca*, en «Revista de Filología Española», t. XXXV (1951).

19. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Poesía juglaresca y juglares*, edic. 1942, p. 240. Citamos esta edición popular, pues es la única que el lector oscense encontrará en las bibliotecas de la ciudad.

el juglar moro de Blecua» que, ante el notario Pascual Estadieylla, nombraba procurador en 1447 <sup>20</sup> y que, indudablemente, no sería juglar músico, pues estos protocolos notariales nos hablan de tamborinos, trompetas, etc., sin darles nunca el nombre de juglares.

No creemos que sea descabellado suponer que los juglares aragoneses pudieron elegir como tema de sus relatos épicos la muerte del rey Sancho Ramírez que, por las circunstancias que la rodearon, debió causar profunda impresión. Estas narraciones surgirían en el siglo XII, siendo olvidadas más tarde ante la invasión de la poesía provenzal, que ya en esa misma centuria alcanzaba entre la gente culta de las comarcas aragonesas una gran difusión. Martín de Riquer ha llamado la atención sobre el poeta Pedro de Monzón, citado por el trovador Pedro de Alverna, hacia 1170, cuya naturaleza aragonesa convendría documentar, pues se trataría del primer poeta aragonés en lengua romance <sup>21</sup>. Sin embargo, los viejos relatos épicos no serían del todo olvidados; difundidos entre las clases populares, acabarían por ser aprovechados por los cronistas que suplirían con ellos la falta de noticias históricas. El compilador de *L'Entrée en Espagne* menciona dos personajes, que pueden ser fantásticos, pero que también pueden ser juglares épicos del siglo XIII, llamados Juan de Navarra y Gauter de Aragón:

Çan de Navaire et Gauter d'Arragon,  
ces dous prodromes ceschuns saits pont a pon  
si come Carlos o la fiore françon  
entra en Espaigne conquerre le roion.

Es preciso valorar, además, la influencia ultrapirenaica en Aragón, muy intensa durante toda la Edad Media, sobre todo, en los siglos XII y XIII, influencia tanto mayor cuanto que una gran parte de la población era de origen gascón. Los juglares franceses divulgarían entre estos pobladores los poemas de su país, sobre todo, aquellos que se referían a temas altoaragoneses, dando origen, por último, al nacimiento de la épica aragonesa. La juglaría franca sería favorecida por los grandes personajes que, como los vizcondes de Bearn, gozaban de ascendencia en la corte aragonesa. Por otra parte, sabemos que los obispos y abades de origen francés fueron durante el siglo XII los impulsores de la cultura

20. A. H. P. H., prot. 303, fol. 179.

21. MARTÍN DE RIQUER, *Thomas Periz de Foces*, en «Archivo de Filología Aragonesa», t. III, p. 8.

aragonesa. Ninguno quizá tan representativo en este orden de cosas como aquel Esteban, favorito de Alfonso el Batallador, que episcopó, al mismo tiempo, en la diócesis de Huesca-Jaca, en Barbastro, ciudad que arrebató *manu militari* al tolosano Raimundo Guillermo, y en Zaragoza <sup>22</sup>.

No debemos olvidar que el dialecto altoaragonés hablado en la comarca de Jaca estaba muy influenciado por el gascón, en tanto grado que Oliver Hurtado no dudó en asegurar que la lengua del primitivo territorio de Aragón fué, hasta el siglo XII inclusive, una de las variedades de la gascona <sup>23</sup>. Y su vieja tesis podría confirmarse con un interesante texto de la crónica Navarro-Aragonesa que, al hablar de Iñigo Arista, afirma: «Enego Ariesta ante que fue rey alçauase en una pennya et mont quel dicen sobre Uruel cerca Jacca et dalli facia sus caualgadas et el con sus compannyeros que eran la mayor partida gascones poblaron Jacca que despues aca fablan a semblante de gascones». De todas formas para valorar esta afirmación es preciso tener en cuenta que el autor de la crónica no era persona muy docta y seguramente desconocía el dialecto altoaragonés, pues el que usa es el propio de las riberas del Ebro.

Debemos señalar también que una de las primeras noticias sobre juglares es la relativa a los que vivían en Sahagún en 1116, pero precisamente los burgueses de esta villa castellana eran fieles partidarios de Alfonso el Batallador y el hermano de éste, don Ramiro, fué abad del monasterio hacia 1112. Este último, como él mismo dice, habíase educado *secularium virorum more* y acaso fuese amigo de juglares, no obstante su condición sacerdotal, si bien no hemos encontrado hasta ahora ninguna mención documental que lo permita afirmar. En cuanto a su mujer, doña Inés, pertenecía a la casa ducal de Aquitania, cuyas aficiones poéticas son bien conocidas, y es probable que trajese consigo juglares ultrapirenaicos.

Por otra parte, el examen de la *Crónica Pinatense* parece confirmar nuestra tesis. Téngase en cuenta que la prosificación del probable poema épico ha debido sufrir abundantes modificaciones a través de una serie de traducciones y retransmisiones, pues indudablemente se hallaría ya en la primitiva crónica que sirvió de fuente a la *Navarro-aragonesa* y a la

22. Cf. F. BALAGUER, *Unión de la diócesis de Zaragoza al Obispado oscense*, en «El Noticiero» (Zaragoza, 1953), n.º del 10 de agosto. Cf. también documento n.º 326, publicado por LACARRA, en «Estudios de Edad Media», t. V, p. 549.

23. B. OLIVER HURTADO, *Ordinamientos de la ciudad de Jaca*, en «Bol. de la R. Academia de la Hist.», tomo de 1909.



*Pinatense*. Carecemos todavía de una buena edición crítica de esta crónica, cuya necesidad se hace cada día más urgente. Del mismo modo es preciso llevar a cabo los oportunos trabajos que pongan en claro las relaciones de las distintas familias cronísticas aragonesas. Por hoy, creemos, con Menéndez Pidal, que tanto la *Crónica Pinatense* como la *Navarro-aragonesa* dependen de un original común, seguramente un viejo cronicón aragonés, en el que se hallarían prosificadas diversas leyendas épicas. Este cronicón no ha llegado hasta nosotros, como tampoco las crónicas del monasterio de San Victorián, mencionadas por la *Navarro-aragonesa*, crónicas que Pedro IV pedía en 1373, cuando ya se había redactado la *Crónica General* o *Pinatense*. Desde el punto de vista histórico no creemos que pueda considerarse como lamentable la pérdida de esas crónicas de San Victorián, pues, a juzgar por la *Navarro-aragonesa*, estarían plagadas de disparates, pero, en cambio, debían tener cierto valor literario por recoger varias leyendas aragonesas.

Mientras no exista, pues, un estudio crítico sobre las crónicas aragonesas, juzgamos inútil intentar reconstituir el supuesto poema sobre la muerte de Sancho Ramírez; por ello, nos limitaremos a exponer los puntos que pudo abarcar el poema. Nos servimos del texto aragonés de la *Crónica General Pinatense*, publicado por Ximénez de Embún, y siempre que nos referimos a la *Navarro-aragonesa* lo hacemos constar para que no haya confusión, debiendo agradecer a la amabilidad de don Manuel Nasarre, culto abogado de Sena, la consulta de los cuatro folios del original, conservados en el archivo particular de la familia Nasarre. A juzgar por una nota de la copia que se guarda en la Biblioteca de Palacio, ya en el siglo XVIII sólo se conservaban estos cuatro folios.

El poema comenzaría exponiendo las rencillas entre los reyes de Castilla y Aragón, aludiendo quizá a la muerte de Ramiro I en Graus. El rey moro de Huesca, instigado por el monarca castellano, atacó a Sancho Ramírez; éste pasa a la ofensiva y «ficó sus huestes pora Huesca et pobló Mont Aragón et diol la abadía de Olit con las otras rentas que oy ha el abat de Montearagón en Navarra» (*Navarro-aragonesa*). Don Sancho sitia la ciudad. Un día, «caualgado sobre su caballo», con todas sus armas, «comiendiendo la çiudad de qual part se pendría mas rafez» (*Navarro-aragonesa*), vió en el muro un lugar adecuado para asaltarla. La versión latina de la *Pinatense* no dice de qué muro se trata, pero, en cambio, la aragonesa precisa que era el muro forano, es decir, el de tierra, que hemos descrito anteriormente, al que alguna vez los documentos dan el nombre de *murum foris*. El rey, señalando con la mano

aquella parte de muralla, dijo: «Por aquí se puede entrar Huesca». Entonces se le abrió la manga de la loriga y un ballestero moro, que estaba al acecho, lo hirió en el costado con una «sayeta». Como curiosidad apuntamos el dato de la existencia en Huesca, en el siglo XIV, de un término denominado de la «Sayeta»<sup>24</sup>. Don Sancho se sintió herido, pero «él non dixo res, mas fuesse por la huest» y reuniendo a los aragoneses y navarros hizo jurar a su hijo don Pedro como rey, «et las gentes se marauillaron de aquesto». Después «fiço jurar a sus fijos Pero Sancho et don Alfons que nunca se partiessen de la çiudad fata que fuesse pressa» (*Navarro-aragonesa*), diciéndoles «muytas de cosas quel hauien de uenir». La Crónica con su habitual laconismo no nos dice qué acentos proféticos movieron la lengua del monarca aragonés en los últimos momentos de su vida, pero esa frase parece provenir de fuente poética. «Esto fecho dixo a las gentes de como era ferido que non lo sabia nadi» (*Navarro-aragonesa*) y consolando a su hueste murió.

Naturalmente, en este relato hay rasgos enteramente novelescos: el inverosímil silencio del rey sobre su herida, el juramento de don Pedro de no apartarse de Huesca sin haberla conquistado, etc. Sobre todo, este último extremo dió lugar, más tarde, a confusiones en las crónicas, que no pudieron casar este relato del supuesto poema con las fechas de la muerte de Sancho Ramírez (1094) y de la toma de Huesca (noviembre de 1096) que daban los necrologios y cricones. De aquí la contradicción en que incurre la *Pinatense* al afirmar que don Pedro, cumpliendo el mandato paterno, prosiguió el sitio, teniendo asediada la ciudad seis meses, con lo que la fecha de conquista sería noviembre de 1094 y, en cambio, líneas más adelante nos da la fecha exacta (noviembre, 1096). Ubieto Arteta ha notado también estas contradicciones de la *Pinatense* y supone que toma sus noticias de fuentes distintas<sup>25</sup>; a nuestro juicio, todo se aclara, perfectamente, suponiendo que una de estas fuentes es un poema épico. La *Crónica Pinatense* termina el relato de la muerte de Sancho Ramírez con frases semejantes al consabido «a rey muerto, rey puesto», habitual en los plantos provenzales: «Pero pòr la su muert non dió entender el fillo que ninguna falta fizies el padre, tanto començo bien de regir, por do hubieron gran conuerto los de la huest».

24. A. H. P. H., año 1401, prot. 3, fol. 6.

25. UBIETO ARTETA, *El sitio de Huesca y la muerte de Sancho Ramírez*, en ARGENSOLA, t. IV, p. 145.

El poema tendría una segunda parte dedicada a relatar la batalla de Alcoraz y la conquista de Huesca. Estos sucesos están narrados en la *Pinatense* con contradicciones y repeticiones, lo que prueba duplicidad de fuentes. Después de decir, nuevamente, que don Pedro fué levantado por rey, una vez «feita la honor de la sepultura», prosigue: «et encontinent el dito rey don Pedro fiu feito rey» y queriendo obedecer el mandato paterno permaneció asediando Huesca en el Pueyo de Sancho, «que oy día lo laman assi por don Sancho su padre que atendo hi» (*Navarro-aragonesa*), pues «nunqua se partió del cerco ata que fue presa la çiudad» (*Navarro-Aragonesa*). Excusado es decir que don Pedro se ausentó, durante los dos años, en varias ocasiones, lo que prueba que el famoso juramento es, simplemente, un recurso literario.

Después el poema narraría la batalla de Alcoraz, narración que estaría reflejada en algunas afirmaciones de la *Pinatense*, como la de que los guerreros musulmanes eran tantos que «los primeros eran passados a Gallego de Çuera et, pleno el camino de gente, los çagueros eran en Altabás». Acaso la participación del conde García Ordoñez en la batalla y su prisión fuese recogida en el poema, pues sabida es la malquerencia de que fué objeto el noble castellano por parte de los juglares. De todas formas, algunas de las noticias que da la *Pinatense* sobre esta batalla provienen de fuentes cronísticas, excepto la relación de caballeros que tomaron parte en ella, relación que es en realidad una de las que Menéndez Pidal ha llamado adiciones impertinentes de un semi-docto, a nuestro juicio, el autor de la crónica<sup>26</sup>. No sabemos si el dato de la participación del caballero Fortuño Maza que, no obstante hallarse desterrado, vino a servir al rey con 300 peones y 10 cargas de mazas de Gascuña, se hallaría consignado en el supuesto poema o si, en este caso la *Pinatense* se valió de fuentes nobiliarias. De todas formas, la noticia, que intenta explicar el origen del apellido Maza, tiene un lejano fondo de verdad. Pocas familias tan conocidas en Aragón, durante la Edad Media, como esta de los Maza; desde 1110 a 1153, los documentos mencionan con frecuencia a Maza, señor de Alacuestre y Sangarrén, a su mujer María y a Fortún Garcés, *fratre Maza*. Un diploma de 1142, fechado *mense octobris, regnante illo comte de Barchinona, anno quando intruuit in Pampilonia cum suas hostes et inlussit regem Garsia in Sangossa*, cita a

26. Sobre los caballeros que tomaron parte en la batalla de Alcoraz, cf. F. BALAGUER, *El Santuario de San Jorge y la batalla de Alcoraz*, en «Nueva España», n.º del 22 de abril de 1945, en donde se pone de relieve los anacronismos de la *Crónica Pinatense*. Al mismo resultado ha llegado recientemente UBIETO ARTETA en su mencionada obra.

*Leberon, gerno de Maza*, personaje, indudablemente, gascón, a juzgar por su nombre <sup>27</sup>. En 1185, Pedro Maza, doña Urraca, viuda de Juan Maza y *Truitat de Leuedan, meo cognato*, fundan un aniversario por don Maza y su mujer en la iglesia de San Pedro <sup>28</sup>. Como se ve, la familia de los Maza estaba emparentada con gentes gasconas.

No sabemos tampoco si en el poema figuraría el relato de la intervención de san Jorge en la batalla, que las crónicas *Navarro-aragonesa* y *Pinatense* narran casi con las mismas palabras. El lugar del encuentro, Alcoraz, término de la ciudad, junto al Pueyo de Sancho, se halla mencionado en las crónicas que utilizamos y también en dos donaciones de Pedro I, de 1097 y 1103, si bien ambos documentos son, a nuestro juicio, sospechosos de falsedad. La victoria y la consiguiente persecución de las tropas musulmanas se narran en la *Pinatense* con vivo colorido; los cristianos, auxiliares del rey moro de Zaragoza, fueron respetados, pero «de los moros a merçe ninguno non prendían». Por último, la ciudad «caida en desesperación, triste et dolenta», se rindió a Pedro I.

Las dos crónicas que utilizamos relatan a continuación la ayuda que el rey aragonés prestó al Cid, cercado en Valencia, basándose, acaso, en fuentes poéticas. Es digno de ser señalado, a este respecto, que, mientras la *Navarro-aragonesa*, al mencionar a don Rodrigo, habla repetidas veces de «el mio Çit» («el mio Çit fué adirado», «esto sopieron moros dallent mar e uino hi buscar con grant poder de toda Barberia e con los moros de la tierra dacá cercó al mio Çit en Valencia», etc.), la *Pinatense*, cuyo autor es más culto, escribe, simplemente, el Çit, sin anteponerle el posesivo. Si hubiese llegado hasta nosotros el «Liber de Cid Roy Diez», que poseía Pedro IV, tendríamos, con seguridad, la clave de este problema. Recuérdese que, como ha puesto de relieve Menéndez Pidal, don Rodrigo despertó en los países de la Corona de Aragón un gran interés.

A nuestro juicio, el poema sobre la muerte de Sancho Ramírez se elaboraría en el último tercio del siglo XII. Algunas de sus noticias, prontamente popularizadas, serían recogidas por los cronicones de la centuria posterior, a partir del «Liber Regum». ¿Influyó en este supuesto

27. A. C. H., 2-9-568. Debemos agradecer al canónigo archivero don Antonio Durán las facilidades que nos ha prestado para la consulta de este documento.

28. A. S. P. H., *Liber instrumentorum*, fol. 68 v.º

poema el cantar del cerco de Zamora? La identidad de nombre de los dos reyes y la muerte del castellano, herido por un venablo, nos llevaría a hipótesis seductoras, pero, hoy por hoy, desprovistas de fundamento. De todas formas, nuestro propósito es, simplemente, mostrar un camino que, quizá, pueda ofrecernos resultados fructíferos <sup>29</sup>.

29. Ya en prensa este artículo, llega a nuestras manos el volumen de MARTÍN DE RIQUER, *Los cantares de gesta franceses* (Madrid, 1952), lleno de sugerencias y noticias, que aprovecharemos en próximo artículo.

